
II.—CRONICAS Y NOTICIAS GENERALES

El Dirigente Maestro



Por don Francisco Estrada Saladich,
director de empresa y autor de la «Biblioteca de Iniciativas Comerciales».

Cuando uno de mis amigos me invitó a que asistiera a una charla que daba el Padre Laburu a un grupo de empresarios, acepté gustoso, porque *había oído hablar mucho de él*, pero no se me había presentado la oportunidad de conocerle personalmente ni de escucharle nunca.

No voy a comentar aquí el objetivo de la conferencia, porque esto se apartaría de mis propósitos, pero sí diré que pude apreciar que el Padre Laburu, de quien me habían dicho se trataba de *un gran orador*—y cuyo acento, mezcla de vascuence y sudamericano, presta una extraordinaria atracción a su oratoria—, es principalmente *un gran pedagogo*, un maestro excelente, por lo menos a mi entender.

Al escuchar al Padre Laburu tuve una grata sorpresa: me di cuenta de que sigue lo que podríamos llamar *una técnica* que, guardando las debidas distancias en las proporciones e ideas, se parece mucho a la que *yo he adoptado hace tiempo*. Cuando quiere exponer un concepto o un tema, insiste sobre el mismo punto, dándole varias vueltas, tratándolo desde distintos aspectos, porque solamente así sus oyentes podrán percatarse perfectamente de la importancia del mismo, es decir, que busca la manera de que penetre *en el fondo de sus mentes* cuando él expresa, hasta

hallarse seguro de haberles facilitado los motivos de meditación deseados. Mi satisfacción fué grande, porque confieso que a veces he dejado que me asaltase la duda de si obraré de manera impropia, si será una equivocación la insistencia, la repetición de aquello que nos interesa destacar y que pretendemos que quien nos escucha asimile perfectamente y recuerde más tarde. El Padre Laburu, con la manera de llevar su disertación, dispó por entero mis sospechas.

Otra cosa que me llamó la atención fué que la mayoría de los cien y pico de dirigentes que allí había reunidos me parecieron *gente pesimista*, casi diría semiacabada. Muchos de ellos se hallaban entre los cuarenta y los cincuenta años de edad, y me dieron la impresión de que, en general, tenían grandes y profundas *preocupaciones y problemas* pendientes de sí. Su palidez de semblante, sienes plateadas, en algunos su prematura calvicie, denunciaban la presencia de personas que se pasan *encerradas en sus despachos* diez o doce horas diarias, y que de allí se dirigen a sus casas, sin quedarles tiempo para nada más. Esta observación me desmoralizó en cierto modo, y pensé para mis adentros; «De estos hombres agotados, ¿qué pocas ideas eficaces y fructíferas pueden salir!»

Como puede comprender el lector, el párrafo antecedente es tan sólo *un pequeño inciso que se aparta del tema que deseo desarrollar*, pero se trataba de directores de empresa, y es precisamente de una de las principales misiones que éstos tienen en 1961 de lo que quiero hablar. Y digo 1961 no porque